



entreUnos.

ENTRE LENGUAS

Compartir una clínica tan singular también en otras lenguas. Se trata de la transferencia al psicoanálisis y de un deseo decidido a intervenir que no tiene fronteras más que la que impone la ética de lo singular. Interpelados por la ajenidad de la lengua necesitamos traducir, y encontrados en la resonancia deseante de una apuesta al lazo a partir de la solución que con el sujeto se inventa.

La puerta, Saturno y el espacio espacial. Recorrido junto a un niño autista.

Gracia Viscasillas

Psicóloga clínica, psicoanalista miembro de la ELP y AMP. Desarrolla su trabajo en diferentes instituciones de atención a la infancia en Zaragoza (España): Centros de Educación Infantil Patinete, Torrón: Espacio de acogida y tratamiento de niños y sus familias, Centro de Desarrollo Infantil y Atención Temprana de Fundación Atención Temprana.

Para Pelayo la puerta de entrada al mundo fue complicada. A los dos días de nacer le detectan esclerosis tuberosa (mutación genética que conlleva una proliferación de tumores) y el médico se dirige a la madre diciéndole que se despidiera de su hijo que va a morir al poco tiempo o bien se va a quedar como un vegetal.

Presentaré aquí el recorrido de tres años de trabajo con Pelayo, quien llega al Centro de Atención Temprana¹ cuando tenía dos años y medio. En un rostro inexpresivo, su mirada flotante, sin detenerse en nada ni dirigirse a nadie; su cuerpo parece igualmente flotante, deambulando de un lado a otro con una gran torpeza motora, desganguillado; la boca siempre abierta y con un babeo constante. Además Pelayo se había instalado en un silencio que hoy podríamos llamar *sideral*.

¹Centro de Desarrollo Infantil y Atención Temprana, de Fundación Atención Temprana. Zaragoza (España).

François Ansermet en una excelente intervención titulada *Autismo y emergencia del sujeto*, en la Conversación UFORCA “A l’écoute des autistes” (Paris, 2012), plantea del lado del analista una posición activa y una suposición del sujeto que es previa a su emergencia: “*Esta suposición del sujeto pasa por una cierta anticipación que está en el principio de todo proceso terapéutico con el autista. Es preciso que aquel que se ocupe de él anticipe el sujeto para que éste emerja. (...) La espera, la suposición, abre la vía al sujeto: a un sujeto que se inventa y no solamente a un sujeto que emerge como si estuviese ya ahí. Es el sujeto como invención que es esperado*”.

La puerta

Cuando comienzo a atender a Pelayo llevaba ya un mes acudiendo a las sesiones de psicomotricidad. Sabía, por mi compañera, que estaba la dificultad de permanecer en sesión, a la que entraba junto a su madre. Ante cualquier contrariedad, se golpeaba contra la pared o se daba manotazos en la cabeza, gritando.

En la primera sesión, cuando le invito a entrar se agarra a la mamá, por lo que invito a entrar a ambos. Pelayo va de un lado a otro y enseguida se dirige a la puerta, si la madre hace por detenerle, se golpea. Decido acompañarle, como posición.

Opto por instalar a la mamá sentada en la sala de espera y acompañar a Pelayo en su deambular por la institución. ¿Qué hace Pelayo? Va por los pasillos abriendo las puertas, entrando un momento a las salas, saliendo... Percibo que la mamá se violenta, pero mi decir de que Pelayo no conoce este lugar y que yo le acompaño a conocerlo la tranquiliza. Por otro lado, con Pelayo voy poniendo palabras que nombran las salas, las personas que allí nos encontramos, el saludo y la despedida, y también el “pom-pom-pom” de llamada a la puerta.

Poco a poco, Pelayo irá deteniendo su mano en la manija de la puerta a la espera de que yo llame, más adelante será él mismo quien golpee con los nudillos antes de entrar.

Las puertas irán ordenando espacios, y en una ocasión en que entra a mi sala se detiene por un instante ante el ordenador: golpetea las teclas y yo puntúo su golpetear. A partir de ahí las sesiones se articularán entre los recorridos y el ordenador.

Pero en los recorridos se instalará un cambio: en la institución encontramos diversos tipos de puertas, que yo nombro en su diferencia. No sólo abren a espacios diferentes, sino que son en sí mismas diferentes (normal, corredera, pequeñita, de cierre retardado). Ya no se tratará tanto de abrir las puertas, sino de interesarse por esta diferencia -al menos esto es lo que yo introduzco y él parece aceptar-, y le permite una detención en su deambular. Esto nos lleva a pasar mucho tiempo en la sala de espera, donde se encuentra la puerta de la secretaria y la puerta de entrada al centro. En ocasiones esto provoca comentarios de alguna mamá, ante la que digo que es que son ellos los que no se fijan, que nosotros estamos investigando los diferentes mecanismos y que son muy interesantes.

Señalar la elección

Por este tiempo el estar de Pelayo se ha hecho ya mucho más tranquilo, acepta mi presencia junto a él (esto ocurrió muy pronto), y va prolongando su estancia en la sala un poquito más. En cuanto al ordenador se produce también un cambio: al principio su interés era sobre este teclear -no aceptando mi propuesta en torno a lo que aparecía en la pantalla-, pero comienza a interesarse por pequeñas viñetas de dibujos animados. Cada vez, yo señalaba su elección, y él, de entre una gran cantidad de escenas, iba eligiendo unas pocas, siempre las mismas:

para indicarle las señalaba en la pantalla, sin mirarme. Si a veces me encontraba despistada tomaba mi mano y la llevaba al ordenador.

Estamos aquí a cuatro meses del inicio del tratamiento, y en una ocasión encuentro a la mamá sentada en la sala de espera, desencajada. Me siento allí mismo a hablar con ella y me dice que durante el fin de semana le han quitado a Pelayo el pañal llevándole al wc y que Pelayo está mal, que han vuelto los cabezazos en la pared y el golpearse. Aunque ha vuelto a ponerle el pañal, está asustada por el efecto que ella ha provocado en su hijo y además me dice que está embarazada y teme que sea contraproducente para Pelayo. Por mi parte la restituyo en su papel de madre, le digo que me parece que aún no es el momento para iniciar con Pelayo el control de esfínteres, pero que entiendo que ella quisiese probar, y sobre todo incido en que es muy importante lo que ha hecho: escuchar a su hijo, tomar en cuenta su respuesta y actuar consecuentemente volviendo a ponerle el pañal. Además, le doy la enhorabuena por su embarazo haciéndole saber que hay tiempo por delante para preparar a Pelayo para el nacimiento del bebé, y que no necesariamente tiene porqué tomarlo mal.

Señalo esta intervención porque marcó realmente un antes y un después en el modo en que la mamá se situó con su hijo, en el modo de entenderle y de responderle. Algo se fue aligerando en ella, y a lo largo de todo este tiempo he recibido con una alegría compartida las pequeñas anécdotas cotidianas que hablaban de un niño que estaba cada vez más ahí.

Pelayo y yo continuábamos con nuestros recorridos, pero la aparición de su interés por las viñetas del ordenador hizo que al poco las sesiones se desarrollasen únicamente en la sala, reservando su interés por las puertas a la puerta del Centro en el momento de la despedida. Conforme su estancia en la sala se hacía más prolongada y constante, fui introduciendo una pequeña contrariedad: a veces el ordenador estaba apagado, introduciendo así el tiempo de

espera. Yo me quejaba del ordenador, que tardaba mucho tiempo en encenderse, y le proponía que si quería podía jugar con otra cosa mientras, y que yo le avisaría cuando estuviese encendido. Así, Pelayo pasó a jugar con una pequeña casita que hay en un rincón (también con una puerta) y con un tren de madera que a veces quedaba montado del trabajo con otro niño en una sesión anterior. Luego comenzábamos con las viñetas del ordenador, y no fue sino más adelante que me di cuenta de que en casi todas las que elegía había puertas. Por mi parte, sentada a su lado, iba teatralizando con la voz partes de las escenas -todas eran viñetas mudas, excepto dos en las que había una canción-, y a veces Pelayo sonreía.

Y ocurrió que un día la mamá del niño que atendía antes que a él, se retrasó. Escuché a Pelayo molesto en la sala de espera, y decidí probar. Invité a Pelayo a entrar junto con el otro niño.

Allí estábamos los tres ante la pantalla del ordenador. Yo en medio, a un lado Pelayo señalando las viñetas que elegía, y al otro lado el otro niño ocupado con plastilina. En un momento dado estoy atenta al otro niño y para mi sorpresa Pelayo me da un codazo, me mira y me señala la pantalla: estaba a punto de salir una parte de las que a él le gustaban. Esta vez una carcajada rompió la pastosidad de su silencio, carcajada que por supuesto compartí con íntima emoción.

La palabra y la voz

Esta sesión marcó un viraje. Pocas sesiones más tarde, Pelayo toma un pedacito de plastilina que hay sobre la mesa y la pone en mis manos, conminándome a hacer algo. Como yo no entendía, se fue al dibujo que un niño había hecho de una casa y que estaba pegado en la pared y señaló la puerta. Hice para él una puerta con la plastilina.

Esto, que ocurre a los 8 meses del inicio inaugura un largo período que llega hasta el final de los tres años de trabajo que planteo aquí, y en el que daré cuenta de algunas variaciones.

En principio, y a su pedido, hice muchas puertas, grandes, pequeñas, de todos los colores... Si a veces no había plastilina en la sala, le proponía ir a otra sala a pedirla, lo que hacíamos de manera muy educada y cortes. Aprovechaba esto para presentarme en falta, para introducir la remisión a otros, y para establecer a través de la demanda un rodeo por el otro, ocupándome yo de poner las palabras. En ocasiones, aunque teníamos plastilina, me solicitaba un color del que no disponíamos, y lo íbamos a buscar. Y para hacerme entender qué color quería, señalaba éste en su camiseta o en algún objeto de la sala.

Comenzó también el tiempo en que quería llevarse algo de la sala al salir: al principio y más generalmente aquello que habíamos hecho, luego otros objetos. Y al poco comenzó el también a traer algo de su casa.

Pronto comenzó a ampliar su pedido señalando en el dibujo no sólo la puerta, sino las ventanas, el tejado, la chimenea, el humo. Me pidió un árbol, señalándolo en un juguete. Me pidió que hiciese una mamá, primero llevándome a la sala de espera y tocándola para hacerme saber, luego señalando la puerta -tras la que se encontraba su madre en la sala de espera-, y más adelante diciendo “mamá”. Me pidió que le hiciese a él, señalándose en el pecho. Yo iba nombrando las partes del cuerpo mientras las hacía, y pronto él mismo empezó a tocarlas en su cuerpo para indicarme. Mi docilidad tuvo un premio, Pelayo me dio un nombre (gesto de frotarse las manos manejando la plastilina), algo que pienso nombraba al Otro moldeable que en mi modo de acompañarle intentaba semblar para él.

Intenté introducir el dibujo de aquellos elementos que me proponía, aún haciéndolos luego de plastilina y colocándolos encima, pero esto era algo que a él no le interesaba, así que lo dejé. De hecho, aún a día de hoy en que sus avances son espectaculares, no se trata de la bidimensionalidad, no hay interés por la imagen en el espejo aunque muchas sesiones se desarrollan junto a él.

Cada tanto yo iba haciendo intentos por incluir nuevos elementos, por ejemplo las construcciones. Esto sí lo aceptó, y muchas veces me pedía hacer una casa en la que él manejaba la puerta para hacer entrar o no un pequeño muñequito.

Un día, casi al final de la sesión entró la mamá para comunicarme algo. Pelayo estaba jugando en el suelo con las construcciones de espaldas a la conversación. La mamá preguntaba por ese interés tan especial de su hijo por las puertas, y cuando yo le dije “Es que las puertas son muy importantes”, Pelayo se volvió hacia mí, sonrió y siguió jugando.

Por ese tiempo (a casi un año del inicio) nació su hermanita, a la que según la mamá Pelayo miraba con curiosidad, y a veces colocaba en su cuna alguno de sus juguetes.

Y Pelayo seguía ampliando el mundo. La sala se convirtió en un gran pictograma señalándome para que yo hiciese con plastilina el sol y la nube de un dibujo, aviones que volaban hasta el sol y hasta la nube, y coches y trenes buscando en la sala juguetes para indicarme, y barcos y peces. Y en la puerta, señalándome la de la casita, incluimos también, además de la manija, un timbre. Yo iba nombrando todo aquello que él me indicaba que hiciese.

Pelayo no hablaba, pero decía muchas cosas, y muy fundamentalmente se hacía muy sensible la clara intención de dirigirse al otro y de hacerse entender.

De todos estos elementos, se fueron decantando algunos que centraron de manera intensa su interés. Del sol, las nubes, la luna y el avión, pasamos a las naves espaciales y los planetas. De hecho se hizo todo un experto.

En el tiempo de los planetas surgieron nuevas palabras “zul” (la Tierra, el planeta azul), “jo” (Marte, el planeta rojo), pero sobre todo comenzó a inventar un vocabulario particular hecho de gestos que implicaban su cuerpo y en el que se incluían algunos sonidos onomatopéyicos, al tiempo que abandonaba el señalar. Traigo Saturno (cruce de brazos alrededor del cuerpo) como exponente de este tiempo, y además porque se destaca al incluir dos elementos la bola y el anillo.

Básicamente, se trataba de que yo construyera con plastilina aquello que decía, y luego él tomaba la nave espacial y la llevaba hasta el planeta elegido, ida y vuelta. El manipulaba estos elementos y me miraba esperando que yo pusiese la voz a las palabras y a las escenas que desarrollaba. Esto una y otra vez.

Cuando realizábamos esto con el soporte del ordenador, o con cuentos del espacio que llevé a la consulta, esto daba juego para incluir los detalles, algo a lo que Pelayo estaba muy atento. En una ocasión en que hay que hacer un montón de ventanitas, tomo un lápiz para hacerlas agujereando la plastilina, y le digo que me canso, que tal vez él pudiera ayudarme. Lo hace.

Y a partir de ahí acepta que le incluya para poner algún detalle, y luego comenzará él mismo a construir, repartiéndonos el trabajo. Es entonces que hace surgir las puertas en las naves espaciales y los astronautas.

Una de las escenas que por entonces me cuenta la mamá se desarrolla en la consulta de la pediatra, donde Pelayo se interesa por las cosas que hay allí. La doctora dice que a lo mejor de mayor le gustará ser médico, y la mamá me dice que Pelayo, con gestos (que me muestra y son muy claros) dice que no, que él de mayor será astronauta.

En paralelo a esto comienza también a jugar con una casita de madera y los personajes que hay en ella y que nombra y distribuye: la “mamá” con Pelayo, el “papá” y la “tata”, y yo misma. La escena es siempre la misma: el papá con la tata en la bañera, la mamá y él, se despiertan los monta en un coche con conductor y van hasta la casita en la que estoy yo, saludos, adiós, y vuelta a empezar. Apaga la luz (dormir) y la vuelve a encender (despertar), a veces los pone sentados alrededor de una mesa, y otra vez al coche. En una ocasión digo al conductor que a lo mejor Pelayo le invita a un desayuno: un “No” alto y claro es su respuesta.

Me pide también que escenifique el cuento de los tres cerditos. El dentro de la casita y sujetando con fuerza la puerta, y yo haciendo el papel de un lobo feroz de pacotilla, que no consigue entrar a la casa y que cuando se quema en la chimenea y se va corriendo, le da mucha risa.

Un día pone al niño sentado en el wc de la casita de madera. A la salida hablo con la mamá de que tal vez puedan ir iniciando la cuestión del control de esfínteres, y la mamá se muestra temerosa. Pelayo me hace sentar junto a su madre para que siga hablando de esto. Como efecto de esta conversación Pelayo en ocasiones señalará y pedirá ir a hacer pis al wc.

Estamos aquí a un año y medio desde nuestro primer encuentro. Durante el tiempo siguiente las sesiones siguen en la misma línea, pero se van ampliando los elementos que va trayendo y complejizando las escenas.

Hacia el verano la mamá me dice que estaban en casa hablando de las vacaciones, y que ante la pregunta de dónde quiere ir Pelayo si a la playa o a la montaña, se encuentra con la sorpresa de que Pelayo responde contento “A la playa, mamá”. Luego vuelta al mutismo sonoro.

En septiembre me dice que en alguna ocasión le ha encontrado diciendo alguna palabra pero como con cuidado, como rompiendo las sílabas, separándolas mucho. Y un poco más adelante, que lo ha encontrado diciendo una de sus palabras, “mamá”, en diferentes tonos. Converso con ella transmitiéndole que Pelayo está experimentando con la sonoridad de la propia voz. En cuanto al pañal, ya no lleva, Pelayo controla esfínteres, pero para la caca pide que le pongan el pañal. Hay la dificultad de desprenderse de ella en el wc.

En las sesiones, en cuanto a los elementos espaciales, además del astronauta, entran también en juego los caballeros, los robots, y también los personajes de Angry birds, de entre los que se destaca el cerdito verde (“jjjj erde”). Me pide que haga Saturno, pero con el anillo más grande, de modo que la bola pase por él.

En el juego comienza a colocarme a mí en la casita y él trae la nave espacial, rasga un poquito con la uña (puerta), coge una bolita minúscula (astronauta) y viene a la casita y llama al timbre. Saludos y despedida. Voy introduciendo que a lo mejor el astronauta está cansado y

quiere dormir un poco (apaga y enciende la luz) y que tal vez tenga hambre y podíamos prepararle una comida (va a buscar la caja de comiditas y elige).

Comenzar a hablar

Un día ocurre algo diferente. Sentado en el suelo toma uno de los muñequitos habituales y también otro que nunca había tomado y que era radicalmente diferente (negro y marrón oscuro). Este último pega al muñequito. Me llama la atención porque en esta ocasión no me pide que ponga palabras. A la salida la mamá me dice que ha habido un incidente en el colegio, que un niño le ha invitado a ir a jugar con él a una casita y le ha pegado con saña, siendo los compañeritos los que han avisado a la profesora. Un amago de esta escena se repetirá antes de la próxima sesión.

A la siguiente sesión, Pelayo juega con sus muñequitos. Pero vuelve a tomar el muñeco negro y se repite la escena. Esta vez, aunque él no me lo indica, digo que ya basta, que el muñequito puede decir “no” y marcharse a jugar con sus amigos. Pelayo aparta al muñeco negro y sigue jugando con los otros muñequitos.

A la semana siguiente la mamá me dice que Pelayo ya “habla”. Que está comenzado a decir palabras, muchas palabras. Y me nombra dos acontecimientos, que no puedo dejar de poner en relación: Uno, en la fila del colegio, cuando el otro niño le agarra para que vaya con él, Pelayo le aparta y dice “No” y se queda con sus compañeros. Dos: Pelayo ya hace caca en el wc.

A partir de entonces y hasta el día de hoy Pelayo se hace entender cada vez más con palabras, no sólo con palabras sueltas sino con frases de todo tipo y cada vez más largas, y conforme esto iba entrando en lo cotidiano ha ido dejando atrás los gestos. Es cierto que para entenderle aún hace falta situarse en el contexto de lo que trae, que su dicción no es del todo clara, que aún habla como a golpes de voz, pero de día en día se hace más clara su toma decidida y alegre de enunciación.

Hasta aquí el desarrollo del caso. Creo que pueden extraerse distintos puntos de enseñanza, al menos así es para mí. El más llamativo tiene que ver con el tratamiento que realiza Pelayo con la palabra y la voz.

Del primer tiempo extraeré un modo de situarse ante el niño y de hacer uso de la institución que es deudor de la orientación de la práctica à plusieurs. Aceptar aquello que el niño trae y aceptar ponerlo en juego en la institución de la manera en que él lo requiere, evitando el planteamiento reduccionista de que el trabajo ha de realizarse en la sala indicada para ello. Este niño, que venía sin cuerpo, a través de los recorridos explora a la institución como un cuerpo, con sus orificios de apertura y cierre, un cuerpo dócil a él pero también ordenado. Considero que mi presencia tranquila, no demandante, contribuye a ello.

Pero es que además, estos recorridos que se desarrollan ante la presencia de la mamá en la sala de espera, dan lugar a intervenciones livianas ante los padres que poco a poco van incorporando algo de este dirigirse a Pelayo de un modo en que ellos mismos pueden situarse en el lugar de partenaires-padres.

Llamé al segundo tiempo *señalar la elección* para diferenciarlo de *confrontar* a la elección, algo que puede resultar insoportable en lo que comporta de demanda. *Señalarla* apunta a otro lugar, indica tomar constancia, nombrarla como un decir del sujeto. Sabemos con Lacan del valor performativo que toma la elección en la operación de la alienación, y aunque aquí no se trata de lo mismo, por mi parte señalar la elección iba en la dirección de apuntar al sujeto.

Luego fue la sorpresa de la mirada y la risa, y el viraje que se produjo. He de decir que no es el primer caso en el que a partir de la risa, algo cambia. Propongo tomarlo como un recorte de goce.

No puedo dejar de indicar la contingencia que propició la introducción del otro niño, y que encontramos el rastro de los otros niños en su interés por la plastilina y los dibujos de la pared.

Pero lo que me parece todo un regalo para nosotros es el tratamiento que Pelayo da a la palabra y la voz.

“Los autistas se escuchan ellos mismos”, dice Lacan. *“Rechaza ceder el objeto de su goce vocal”*, indica Jean-Claude Maleval. De pronto estas frases tomaron para mí toda su potencia y claridad. Extraer el objeto voz implica situarlo en el campo del Otro, y recibirlo como viniendo de afuera, entendiendo este afuera en su paradoja, como extimidad. ¿Y no es esto lo que Pelayo hacía de una manera un poco ortopédica, cada vez que me pedía que pusiese la voz a sus palabras? Separar la voz de la palabra, situar la voz en un Otro dócil, aunque aún la voz *propia* seguía retenida.

Tal vez pudiera decirse que para hablar es preciso que se instale la separación y el velamiento entre oír y escuchar. Esto se observa de manera clara cuando por algún extraño mecanismo al hablar por el teléfono en ocasiones se produce una especie de desajuste temporal en el que el teléfono nos devuelve nuestra propia voz en eco, y entonces se hace la experiencia de lo difícil que es hablar escuchándose. Hemos de hacer un movimiento que consiste en borrar la voz, en hacernos sordos a ella, para seguir diciendo.

“Una voz -dice Lacan- no se asimila, se incorpora”. Difícil incorporarla cuando no se dispone de cuerpo. Pelayo no disponía del cuerpo del espejo, pero hizo todo un trabajo sobre el cuerpo a través de las palabras-gestos que lo implicaban, palabras-gestos a tomar más bien en la dimensión del signo que del significante, en el sentido de que a diferencia del significante no borran la cosa designada. A falta del cuerpo del espejo, construyó un cuerpo hecho con trajes de astronautas, armaduras de caballero y robots, trajes en los que ahora produce el recorte del casco.

“Algo debe extraerse del cuerpo para que un elemento diferente pueda luego entrar en la lengua del sujeto”, señala Eric Laurent en *La batalla del autismo*. No puedo dejar aquí de relacionar el movimiento subjetivo de poder separarse de su posición de objeto de goce del Otro -presentificado en el niño pegón-, y poder separarse de las cacas, y vincular ambos movimientos a la emergencia de la voz.

En el título situé *la puerta*, aquello que dio inicio a nuestro trabajo, y que ha persistido hasta la actualidad. Un primer elemento, una primera baliza, en el caos que él traía.

Situé *Saturno* como el tiempo de apertura a la palabra, a la dirección al Otro, y que introdujo nuevos hitos en el camino.

Y situé *el espacio espacial* porque ha sido y es un centro de interés muy importante, pero también, y sobre todo, porque entiendo que bien podemos tomarlo como un nombre de lo real para este niño. Del real caótico e incommensurable, pleno de agujeros negros en los que caía sin fin, acompañé a Pelayo en su esfuerzo por poblarlo con planetas, astronautas y caminos de ida y vuelta en los que poquito a poco él mismo consentía a un lugar para el Otro.

g.viscasillas@gmail.com

De lo real del pasaje al acto a lo imaginario de la emoción

Sophie Le Goff

Psicóloga clínica. Actualmente es directora terapéutica en Le Courtil, Institución Psicoanalítica, Bélgica.

Cuando conozco a Eric, de 21 años, “deambula por la institución dando grandes zancadas, de modo tal que todo su cuerpo adopta un movimiento de péndulo. A veces, se detiene, con los brazos cruzados y la cabeza levantada hacia arriba y emprende un interrogatorio incesante y punzante sobre tal o cual detalle de su vida diaria, esperando -a veces con deleite y otras con angustia- que el otro le entregue siempre la misma respuesta” (Le Goff, 2012), develándonos así la importancia que tiene para él mantener la inmutabilidad de su mundo. Asimismo se esfuerza por dominar la ausencia de garantía del Otro, gracias a una serie de enunciados con los que acompaña sus demandas, tales como *no te olvides, es importante, decís eso para que te deje en paz, no podés cambiar de opinión, no inventes historias*. A sus dos años, Eric se vio confrontado a la muerte de su hermana menor, aquejada de una grave enfermedad y de tan sólo unos meses de vida. Es ya por esta época que los padres de Eric advierten la aparición de sus primeras dificultades. Antes de su llegada a Courtil, Eric rechaza cederle al Otro parental el objeto anal. Según sus padres, esparce sus excrementos sobre las paredes y suele introducirse objetos en el ano, como para tapar este orificio de su cuerpo, revelando su imposibilidad de separarse de estos fragmentos de cuerpo que constituyen los excrementos. Según Eric, cuando era *chiquito* tenía mucho miedo a los inodoros, especialmente a las *cañerías*. Cuando llega a Courtil a la edad de diez años, se dibuja sentado sobre las rodillas de su madre, sobre los inodoros, con pedazos de excrementos circulando por las cañerías del baño.

El objeto autista, condensador del goce: la montaña rusa

Sin embargo, en sus dibujos las cañerías del baño son sustituidas poco a poco por la montaña rusa, atracción en la que el niño se sienta sobre las rodillas de su mamá. Según Lacan, el autista “se precipita [...] en un sistema donde los objetos se sustituyen unos a otros. [...] Despliega y articula así todo su mundo. Pasará luego de la palangana al radiador eléctrico, a objetos más y más elaborados” (Lacan J., 1991, pag. 137/8). Esta cadena metonímica de objetos va a constituir poco a poco un borde pulsional, sirviéndose de la interfaz entre el sujeto y el mundo, gracias al objeto autista, condensador de goce, el doble o el Otro de Síntesis (Maleval J.C, 2011). Eric dibuja sus miedos y localiza el goce pulsional anal en un objeto autista fuera de cuerpo, la montaña rusa. A propósito de la montaña rusa, me confiesa: “La montaña rusa me excita, pero también me da miedo”. El objeto anal se declina y salpica sus producciones artísticas, en las cuales pega imágenes de pañales Pampers recortadas de las revistas. Inventó una “falsa piscina eléctrica”, donde “el agua nunca se va por el agujero”. Por otra parte, el “cohete ser humano” “hace caca en platillos voladores de planetas cacas”. En los parques de Eric, hay un “lavabo para poder cambiar los pañales de los bebés con un papá o una mamá” y “baños para que las personas puedan hacer número uno o número dos”. “El lavabo con los baños, la Dragéotriga, es una atracción sobre dos chicos que se sientan sobre su papá y su mamá y es una montaña rusa en la oscuridad.”

El doble imaginario: los personajes

Eric también crea personajes insólitos con nombres y formas extraños, que constituyen dobles imaginarios tranquilizadores y le permiten contrarrestar el enigma del deseo del Otro. Según Eric, uno de ellos, Rutunila, es “el que siempre piensa cosas y todas se cumplen. Por ejemplo, si quiere ir al parque, puede ir al parque. Si quiere ir en Tijivi, puede ir en Tijivi. El Tijivi es el tren que inventé. Y cuando Rutunila se vuelve irracional y quiere que no se diga nada, la persona no dice nada. Y en verdad es falso, nunca existió. En verdad, cuando Rutunila quiere que no contemos la realidad, no contamos la realidad. Y cuando Rutunila

piensa en el taladro, el taladro viene solo, por Rutunila. Y cuando Rutunila no quiere ir a la escuela, no está obligado a ir a la escuela.”

El Otro de síntesis: los parques de atracciones imaginarios

La invención de su mundo imaginario de parques de atracciones parece constituir un Otro de síntesis, permitiéndole paliar la falta en el Otro, $S(A)$, que se declina de la impostura del lenguaje al enigma del deseo del Otro, pasando por la angustia de muerte. Así, cuando Eric no deja de interrogarme sobre la significación de la palabra *impostura* y busca en vano una imagen de esta palabra en internet, le propongo dibujarla. Inventa entonces la “atracción land imposture land”: “es una máquina para jugar a la impostura, para simular jugar a engañar al otro y mentirle sobre alguien”. En esta atracción un personaje dice “la pretensión de los terroristas de actuar en nombre de los pobres” y otro le responde: “es una flagrante impostura”. Es una cita de Juan Pablo II que Eric encontró en internet, en su investigación sobre la significación de esta palabra. Poner en imagen esta palabra extraña apaciguó sus interrogatorios incesantes respecto a su sentido. Eric también creó neologismos con el fin de nombrar las atracciones o los personajes que inventa. Estas palabras a veces son impronunciables excepto que se deletreen sus letras, como Wgye o Tyvbgrgb. Estos neologismos herméticos ¿no intentan asignar un sentido idiosincrático y unívoco al lenguaje? Asimismo, Eric se pone a salvo del capricho del Otro gracias al “Parque Eric sin castigos”. “Es una cárcel de juguete”, que simula castigar. También dibuja una “montaña rusa en guerra”. Se inspiró en “un búnker construido por la Alemania nazi, que servía de base para el lanzamiento de cohetes durante la Segunda Guerra Mundial...” En los túneles se “simula disparar cohetes para matar a las personas. Es una simulación de la guerra”, “hay falsos muertos”. Hay un “ataúd” y “revólveres de juguete”. Gracias al semblante, Eric intenta domesticar lo real de la muerte y la ferocidad del Otro, de esos “malvados que hacen cualquier cosa sobre la tierra”, que hacen la guerra, lanzan bombas para demoler las casas,

matan y luego van a la cárcel. Pero todo eso, “es falso porque es semblante... Simulamos morir y en verdad, nunca morimos...” (Le Goff, 2015).

Gracias a su creación artística, Eric opera un anudamiento entre un objeto autista, condensador de goce (Real): la montaña rusa, los dobles (Imaginario): los personajes, y un Otro de síntesis (Simbólico): los parques de atracciones. La invención de su mundo imaginario privilegia la imagen (o el signo) más que la palabra (o el significante), y le permite suplir la ausencia de garantía del Otro, que vuelve al mundo tan imprevisible. Si antes Eric podía golpearse la cabeza contra una pared cada vez que un imprevisto venía a perturbar la inmutabilidad de su mundo, ahora en cambio, se pone a llorar, develándonos la evolución de su modo de respuesta subjetiva, del real del pasaje al acto a lo imaginario de la emoción.

sofylegoff@wanadoo.fr

Traducción al español por Lorena Buchner

Referencias bibliográficas

- Lacan, J., *El Seminario, Libro I, Los escritos técnicos de Freud*, [1953-54], 1991, Paidós, Buenos Aires.
- Le Goff, S., “Du bordage du trou à l’abordage du langage”, mayo 2012, *Courtil en lignes n° 4*.
- Le Goff, S., “De la marionette du langage au metteur en scène de la jouissance”, Octubre 2015, *Courtil en lignes n° 18*.
- Maleval, J.-C., *El autista y su voz*, 2011, Gredos, Madrid.

Du réel du passage à l'acte à l'imaginaire de l'emotion

Sophie Le Goff

Psychologue clinicienne. Directrice thérapeutique au Le Courtil, Belgique.

Lorsque je rencontre Éric à 21 ans, « il déambule dans l'institution en faisant de grandes enjambées, tout son corps suivant dans un mouvement de balancier. Parfois, il s'arrête, les bras croisés, la tête levée vers le ciel et se lance dans un questionnement incessant et lancinant sur tel ou tel détail de son quotidien, attendant parfois avec délectation, parfois avec angoisse, que l'autre lui délivre toujours la même réponse »¹, et nous dévoilant l'importance pour lui de maintenir l'immutabilité de son monde. De même, il s'évertue à maîtriser l'absence de garantie de l'Autre, grâce à une série d'énoncés, dont il ponctue ses demandes, tels que « n'oublie pas, c'est important » ; « tu dis pas ça pour avoir la paix » ; « tu vas pas changer d'avis » ; « tu racontes pas d'histoires ». À l'âge de deux ans, Éric a été confronté à la mort de sa petite sœur, atteinte d'une grave maladie et âgée de quelques mois. C'est à cette époque que les parents d'Éric repèrent la survenue de ses premières difficultés. Avant son arrivée au Courtil, Éric refuse de céder à l'Autre parental, l'objet anal. Selon ses parents, il étale ses excréments sur les murs et il lui arrive de s'introduire des objets dans l'anus, comme pour boucher cet orifice de son corps, révélant son impossibilité à se séparer de ces bouts de corps que constituent les excréments. Selon Éric, quand il était « petit enfant », il avait très peur des toilettes, surtout des « tuyaux ». À son arrivée au Courtil, à dix ans, il se dessine assis sur les genoux de sa mère, sur les toilettes, des morceaux d'excréments, circulant dans les tuyaux des WC.

¹ Le Goff, S., « Du bordage du trou à l'abordage du langage », Courtil en lignes n°4, mai 2012.

L'objet autistique, condensateur de la jouissance: le Grand Huit

Cependant, dans ses dessins, les tuyaux des WC se substituent peu à peu au Grand Huit, manège dans lequel l'enfant est assis sur les genoux de sa maman. Selon Lacan, l'autiste « s'engouffre [...] dans un système où les objets se substituent les uns aux autres [...], il déplie et articule ainsi tout son monde. Et puis de la bassine d'eau, il passe à un radiateur électrique, à des objets de plus en plus élaborés. »² Cette chaîne métonymique d'objets va constituer peu à peu un bord pulsionnel, servant d'interface entre le sujet et le monde, grâce à l'objet autistique, condensateur de jouissance, le double ou l'Autre de Synthèse³. Éric dessine ses peurs et localise la jouissance pulsionnelle anale, dans un objet autistique hors corps, le Grand Huit. À propos du Grand Huit, il me confie « ça m'excite le Grand Huit, mais ça fait peur aussi ». L'objet anal se décline et parsème ses productions artistiques, dans lesquelles il colle des images de couches Pampers découpées dans les magazines. Il a inventé « une fausse piscine électrique », où « l'eau ne part jamais dans le trou ». De même, la « fusée être humain » « fait des crottes en soucoupes volantes, des planètes crottes ». Dans les parcs d'Éric, il y a une « salle de bain pour pouvoir changer les couches des bébés avec un papa et une maman » et « des toilettes pour que les personnes puissent faire leur petite ou grosse commission. » « La salle de bain avec les toilettes, la Dragéotriga, c'est une attraction sur les deux enfants qui s'assoient sur leur papa et leur maman et c'est un Grand Huit dans le noir. »

Le double imaginaire : les personnages

Éric crée également des personnages insolites aux noms et aux formes bizarroïdes, qui sont autant de doubles imaginaires rassurants, lui permettant de parer à l'énigme du désir de

² Lacan, J., *Les écrits techniques de Freud, Séminaire I*, Paris, le Seuil, 1975, p. 100-101.

³ Maleval, J-C., *L'autiste et sa voix*, éd Seuil, coll Champ Freudien, 2009.

l'Autre. Selon Éric, l'un d'eux, Rutunila est « celui qui pense toujours des choses et que tout se réalise. Par exemple, s'il veut aller au parc, il peut aller au parc. S'il veut aller en Tijivi, il peut aller en Tijivi. Le Tijivi, c'est le train que j'ai inventé. Et Rutunila quand il n'est pas raisonnable, quand il veut qu'on ne dise rien, la personne dit rien. Et en fait, c'est faux, ça n'a jamais existé. En fait, Rutunila quand il veut qu'on ne dise pas la réalité, on ne dit pas la réalité. Et Rutunila quand il pense à la perceuse, ben la perceuse, elle vient toute seule à cause de Rutunila. Et quand Rutunila, il ne veut pas aller à l'école, il n'est pas obligé d'aller à l'école. »

L'Autre de synthèse : les parcs d'attractions imaginaires

L'invention de son monde imaginaire de parcs d'attractions semble constituer un « Autre de synthèse », lui permettant de pallier au manque dans l'Autre S(A), qui se décline de l'imposture du langage, à l'énigme du désir de l'Autre, en passant par l'angoisse de mort. Ainsi, alors qu'Éric ne cesse de me questionner sur la signification du mot « imposture » et cherche en vain une image de ce mot sur internet, je lui propose de le dessiner. Il invente alors le « manège land imposture land » : « c'est une machine pour jouer à l'imposture, pour faire semblant de jouer à tromper l'autre et à mentir sur quelqu'un. » Dans ce manège, un personnage dit « la prétention des terroristes d'agir au nom des pauvres » et un autre lui répond « est une flagrante imposture. » C'est une citation de Jean-Paul II qu'Éric a trouvée sur internet, lors de sa recherche sur la signification de ce mot. Mettre en image ce mot étrange a apaisé ses questionnements incessants quant à son sens. Éric crée aussi des néologismes afin de nommer les manèges ou les personnages qu'il invente. Ces mots sont parfois imprononçables sauf en en épelant les lettres, comme Wgye ou Tyvbgrgb. Ces néologismes hermétiques ne tentent-ils pas d'assigner un sens idiosyncrasique et univoque au langage ? De même, Éric se met à l'abri du caprice de l'Autre, grâce au « Parc Éric pas punition ». « C'est une prison en jouet », qui fait semblant de punir. Il a aussi dessiné un « Grand Huit en guerre ». Il s'est inspiré « d'un bunker construit par l'Allemagne nazie et

servant de base au lancement des fusées, durant la seconde Guerre Mondiale... Dans les souterrains, on « fait semblant de tirer des fusées pour tuer les personnes. C'est une simulation sur la guerre », « il y a des faux morts ». Il y a un « cercueil » et des « revolvers en jouets ». Grâce au semblant, Éric tente de domestiquer le réel de la mort et la férocité de l'Autre, de ces « méchants qui font n'importe quoi sur la terre », qui font la guerre, lancent des bombes pour casser les maisons, tuent, puis vont en prison. Mais tout cela, « c'est faux parce que c'est du semblant... On fait semblant de mourir et en fait, on ne meurt jamais... ». »⁴

Grâce à sa création artistique, Éric opère un nouage entre un objet autistique, condensateur de jouissance (Réel) : le Grand Huit, les doubles (Imaginaire) : les personnages et un Autre de synthèse (Symbolique) : les parcs d'attractions. L'invention de son monde imaginaire privilégie l'image (ou signe) plutôt que le mot (ou signifiant) et lui permet de suppléer à l'absence de garantie de l'Autre, qui rend le monde si imprévisible. Si auparavant, Éric pouvait se frapper la tête contre un mur, lorsqu'un imprévu venait bouleverser l'immuabilité de son monde, désormais, il se met à pleurer, nous dévoilant l'évolution de son mode de réponse subjective, du réel du passage à l'acte à l'imaginaire de l'émotion.

sofylegoff@wanadoo.fr

⁴ Le Goff, S., « De la marionnette du langage au metteur en scène de la jouissance », Courtil en lignes n°18, oct 2015.

Una reflexión sobre la Affinity therapy

De la autoterapia al reconocimiento de la letra

Christophe Le Poëc

Psicólogo clínico. Actualmente es interviniente en Le Courtil, Institución psicoanalítica para niños y jóvenes con dificultades psíquicas y sociales, con sede en Bélgica, formando parte de RI3 (Red Internacional de Instituciones Infantiles del Campo freudiano). Fue rotante de la cigarra durante los años 2009 y 2013, y desde entonces mantenemos un intercambio rico y permanente.

La hipótesis de una estructura autística defendida por los Lefort a partir de 1996 constituyó un acontecimiento para los clínicos y teóricos del campo lacaniano que reciben a estos sujetos o que se preocupan por ellos. En Rennes, impulsada por las investigaciones y el compromiso de Jean-Claude Maleval, una comunidad se formó intentando aislar los detalles sutiles que en la práctica nos permiten deducir una estructura subjetiva. Además del interés epistemológico, la hipótesis estructural implica, y allí está su principal interés, una orientación en la clínica.

Queremos interrogar aquí un nuevo acontecimiento que cobró un peso particular en la manera que escogieron los colegas de Rennes para testimoniar públicamente acerca de su trabajo y de la formalización de su práctica.

El concepto de *Affinity Therapy* acuñado por Ron Suskind ha sido tema de actualidad en los Estados Unidos y ampliamente destacado por el equipo de Rennes. La organización del coloquio internacional “Affinity Therapy” reunió en Rennes a numerosos actores del RI3, a catedráticos universitarios, a autistas que acudieron a dar testimonio, pero asimismo a padres entre quienes se encontraban Ron y Owen Suskind. Las actas de este coloquio [1] han sido publicadas en una obra del mismo nombre que se convirtió en un pequeño éxito editorial.

La emergencia de este nombre y la promoción de este enfoque en los Estados Unidos entró particularmente en resonancia con la preocupación de estos clínicos del campo freudiano

tanto en sus cuestiones clínicas como políticas.

¿Qué es la Affinity Therapy? Antes de ser un enfoque, un método y una orientación de trabajo con el niño autista, se trata de una experiencia inaugural, eminentemente singular, puesto que tuvo lugar en el seno de una familia, los Suskind. Esta experiencia habría podido permanecer en su estatuto de revolución privada, como un acontecimiento sin precedente para esta única familia, si la voz de Ron Suskind, periodista, antiguo responsable del servicio político del *Wall Street Journal* y Premio Pulitzer, no hubiera alcanzado a hacerse oír.

Volvamos sobre este episodio. Owen Suskind, quien a la edad de tres años dejó de utilizar la palabra para comunicarse, había conservado de sus primeros años su interés por las proyecciones de películas de Walt Disney que miraba junto a su hermano Walter, quien se ocupaba de pasarle delicadamente el brazo alrededor de la cintura. Un eco sin embargo resonaba en el silencio de Owen: "*Juice*", o "*Juicervoice*", ruido que no alcanzaba a inscribirse en ninguna interpretación de su entorno, y que permanecía allí, como un eco extraño gritando en la eternidad. Un día, Owen mira por enésima vez *La Sirenita*, siempre con la misma perseverancia. Úrsula, la bruja con tentáculos, expresa el trato que le propone a Ariel. Owen rebobina, luego vuelve a escuchar en bucle esta voz que en la repetición se hace oír: "*Go ahead, Make your choice, I'm a very busy woman, and I haven't all day, It wan't cost much, Just your voice*"⁵. La madre de Owen decodifica y Ron Suskind se dirige a su hijo: "*Just your voice! Is that what you're saying!*"⁶ Owen lo mira y dice muy claramente: "*Juicervoice*"⁷.

Esto provoca una explosión de alegría en casa de los Suskind. Un nuevo horizonte se dibuja. Deciden llevar a Owen al parque de Walt Disney y sostener su relación con este interés.

⁵ "*¡Vamos! ¡Haz tu elección, soy una mujer muy ocupada y no tengo todo el día, no costará demasiado, sólo tu voz!*".

⁶ "*¡Sólo tu voz! ¡Es eso lo que estás diciendo!*"

⁷ "*Juicervoice*". Señalamos aquí la homofonía entre "*Juicervoice*" y "*Just your voice*" (N del T).

Frente al escepticismo de los especialistas, Ron y su esposa no se resignan. Otras sorpresas salen a la luz. Pronto, logran conversar con su hijo a través de los diálogos de las películas de Disney. Un día, mientras la fiesta de cumpleaños de Walter se acercaba a su fin, éste se muestra nostálgico, Owen toma la palabra: *"Walter doesn't want to grow up like a Mowgli or Peter Pan"*⁸. La hipótesis de Ron Suskind es clara: "Owen se sirve de este interés específico [...] como una máquina de decodificar, para descifrar los enigmas del mundo que lo rodea" [2].

Pero dejemos aquí la experiencia de los Suskind remitiéndolos a la lectura de su obra [3] para proponerles una reflexión sobre esta nueva nominación y su incidencia clínica a partir del encuentro con un niño autista en institución.

Agustín entró a Courtil a sus 8 años, habiendo recibido hasta entonces la enseñanza tradicional. No obstante, si bien con esfuerzo lograba sostener el ritmo escolar, se aislaba cada vez más.

De niño tenía un lenguaje restringido, aunque podía dar pruebas de un vocabulario a veces muy específico y de un nivel considerado superior al de su edad.

En el Courtil eran notables sus dificultades con los otros niños, cuya presencia no soportaba. Se aislaba todo el tiempo. Muy a menudo se derrumbaba, se tiraba al suelo, arrojaba objetos a los otros y gritaba. Agustín se interesó desde siempre por los programas de televisión, los dibujos animados y los videojuegos. Mantenía una práctica privada con elementos de estos soportes multimedia que se volvía manifiesta en las conversaciones solitarias que agitaban su cuerpo y que podrían ser tildadas de ecolalias diferidas.

Esta particularidad habría podido ser considerada como una rareza a reducir pero nuestra posición fue la de considerar aquello como una producción. A partir de esto Agustín pudo enseñarnos que encontraba cierto uso en estos estribillos ecolálicos. Nos dimos cuenta de que se servía de diálogos que tomaba prestados de las historietas para entrar en contacto con otros niños. Por supuesto, en un primer tiempo, el hecho de que el otro no respondiera exactamente

⁸ *"Walter no quiere crecer como Mowgli o Peter Pan"*.

al guión lo ponía en dificultades. Agustín se lanzó a un trabajo de afinación, mediante la repetición se volvió más exacto aunque su enunciado permanecía, en definitiva, absolutamente referido a algo preciso, a una situación ya encontrada en los medios de comunicación que constituyen su *afinidad*.

Agustín me dio a menudo testimonio de aquello de lo que habla Ron Suskind cuando dice que Owen utiliza la afinidad como un decodificador. Un día, mientras lo acompañaba a realizar su tarea escolar, Agustín parecía preocupado por uno de sus dientes que se movía. Le pregunto si va a pasar El Ratón y me responde con un tono monótono: *"Mi madre me dijo que era demasiado viejo para creer en esas tonterías". "¿Y Papá Noel?"*, le dije. Con el mismo tono: *"mi madre también me dijo que era demasiado viejo para creer en esas tonterías". "¿Pero antes cuándo eras más chico creías en eso?". "Sí". "¿Cómo era entonces para vos cuándo creías en eso?"*. Con un tono mucho más animado responde: *"Me decía que Papá Noel, como iba tan rápidamente a entregar los regalos, era Sonic". "¿Y el ratón?". "Me decía que eran las hadas de Rayman"*⁹.

Cuando evoca la *Affinity Therapy*, Jean-Claude Maleval habla de dos subversiones. La primera es que ésta *"se funda sobre las pasiones que a menudo se imponen al sujeto con una fuerza tal que a veces desbordan su voluntad"*. La segunda es *"que desplaza la dinámica del saber. Ya no se trata de transmitir un saber, sino de apoyarse en el saber del sujeto"*. Si esta segunda perspectiva representa un punto poco discutible de la ética psicoanalítica, la primera en cambio plantea justamente la cuestión de una orientación diferente para el autista de aquella que tomaríamos para un sujeto psicótico.

Si, como lo propone Colette Soler, las intervenciones del analista con un sujeto psicótico pueden dar cuenta *"del silencio testigo y del apuntalamiento del límite"* [4], la cuestión que realmente se plantea para el clínico es la del sostenimiento de este interés del niño autista por una cosa tan limitada y sobre todo tan avariciosa.

⁹ Tanto Sonic como Rayman son personajes populares en el mundo de los videojuegos (N del T).

Recordemos que para la mayoría de los autistas, la afinidad específica les toma primeramente todo su tiempo y los mantiene al margen de los lazos sociales. Agustín pasaba varias horas repitiéndose diálogos de películas, Daniel Tammet números primos, Joseph Schovanec mapas de astronomía... La cuestión es saber en qué medida el sujeto no está completamente invadido por esta afinidad, en qué medida no es absolutamente hablado por ella, y si es verdaderamente juicioso acompañarlo en esta dirección¹⁰. Desde entonces, no sin experimentar algunas dudas, decidí interesarme por los videojuegos de Agustín. Me involucré poniéndome a jugar con él, pero de todas formas por fuera de la institución.

Estas dudas son bastante características de las cuestiones que plantea la orientación clínica con los autistas. Los objetos autísticos han sido igualmente considerados nocivos antes de comenzar a suponer su uso posible para la constitución de un borde [5]. Estas dudas también están muy presentes en los testimonios de los padres que han elegido sostener los intereses específicos de sus niños [6].

Otra pregunta puede plantearse en cuanto al tratamiento a través de la *Affinity Therapy*. ¿Si para el sujeto éste consiste sólo en frecuentar la afinidad, entonces no daría cuenta más que de la autoterapia? ¿Se trata sólo de reparar en la afinidad y proveer al sujeto la ocasión de entregarse a ella? ¿Qué hay del encuentro y del acto del clínico?

Escuchando las declaraciones de varios autistas, estos dan abundante testimonio de su interés y de la importancia que han tenido los otros para su desarrollo. Donna Williams habla del encuentro con su abuelo [7] que sabía hallar un nombre diferente para cada cosa. Nosotros podemos recordar que el acontecimiento en el caso de los Suskind no se produjo porque Owen miraba películas de Disney, sino en el momento en el que Ron pronuncia un significativo oído y que Owen acusa recibo de eso. ¿Qué podemos deducir con respecto a nuestra orientación?

Mientras que después de una conversación con Agustín sobre los videojuegos mi neurosis volvía a atraparme para derivar sobre un tema más vago pero socialmente más común, éste

¹⁰ Podemos recordar el debate sobre los objetos autísticos (Tustin).

me responde sin rodeos: "*Christophe, en realidad prefiero continuar explicándote mis videojuegos*". Tomé esta frase como una indicación en cuanto a mi lugar para él. No hay mucha variación, él es el profesor, y el guión es claro: me explica lo que para él hace mundo. Lo más interesante es el giro que se produjo en la práctica cuando me dispuse a adquirir un cierto saber sobre estos juegos. Lejos de atestarlo, esta nueva posición le permitió sostener conversaciones de una complejidad y una profundidad inéditas. No perduró en la posición de profesor ya que comenzó a plantearme preguntas precisas sobre la definición de palabras que escuchó en estos medios. Lo que cobró relevancia es que pudiéramos conversar a partir de un cierto número de puntos exentos de equívoco que le ofrecen el anclaje de su enunciado a la letra de los medios de su elección.

Muchos testimonios, y esto es completamente notable en la institución en la cual trabajo, evocan la afinidad particular de ciertos niños autistas con los *softwares* de reconocimiento de voz que ofrecen las grandes marcas de telefonía móvil. ¿No podríamos considerar aquí, entre otros, un lugar posible para el clínico cuando constatamos el despertar de Owen en el momento en que su padre reconoce y pronuncia su significante, o incluso cuando Agustín se anima ante la invitación a testimoniar acerca de su ficción para traducir el fenómeno de Papá Noel?

Proponemos pues que una perspectiva para el clínico consiste en estar para el sujeto en el lugar de programa de reconocimiento de la letra. La particularidad es que para reconocer la letra aún es necesario saber leerla.

Referencias bibliográficas

- [1] Affinity Therapy, nouvelles recherches sur l'autisme, sous la direction de Myriam Perrin, PUR, Rennes, 2015.
- [2] Suskind, Ron, Life, Animated, in Affinity Therapy, nouvelles recherches sur l'autisme, sous la direction de Myriam Perrin, PUR, Rennes, 2015.
- [3] Suskind, Ron, Life, Animated, USA, Disney press, 2014.
- [4] Soler, C., «Quelle place pour l'analyste?», Actes de l'école de la cause freudienne, XII,

Paris, 1987, p 31.

[5] Maleval, J-C., Les objets autistiques sont-ils nocifs?, in l'autiste son double et ses objets, sous la direction de Jean-Claude Maleval, PUR, Rennes, 2009.

[6] Algunas fueron recopiladas en el compendio *Affinity Therapy* ya citado. Por ejemplo el testimonio de Vamérie Gay: «*Nos dimos cuenta de que Theo pasaba mucho tiempo delante de la pantalla, y a menudo nos preguntamos si eso era bueno para su salud. Pero no había más que ver el progreso que eso engendraba, y hasta qué punto él se mostraba sereno y confiado. Tuvimos finalmente la prueba de que le era posible aprender, pero a condición de que aquello pase a través de un ordenador*», p. 34.

[7] Williams, D., Si on me touche je n'existe plus, Paris, J'ai lu, 1992.

[8] Considerando la pluralidad de afinidades de estos sujetos, esto supone un gran compromiso para el clínico.

christophe.le.poec@hotmail.fr

Traducción al español por Pablo Dymant

Une réflexion sur l'Affinity therapy. De l'auto-thérapie à la reconnaissance de la lettre

Cristophe Le Poëc

Psychologue clinicien. Intervenant au Courtil.

Stagiaire à la cigarra en 2009 et en 2013.

L'hypothèse d'une structure autistique défendue par les Lefort à partir de 1996 a fait événement pour les cliniciens et théoriciens du champ lacanien qui rencontrent ces sujets ou qui s'en préoccupent. A Rennes, portée par les recherches et l'engagement de Jean-Claude Maleval, une communauté s'est formée tentant d'isoler les menus détails qui dans la pratique nous permettent de déduire une structure subjective. Outre l'intérêt épistémologique, l'hypothèse structurale implique, c'est là son principal intérêt, une orientation dans la clinique.

Nous souhaitons questionner ici un nouvel événement qui a pris un poids particulier dans la manière dont les collègues de Rennes ont choisi de prendre la parole publiquement pour témoigner de leur travail et de la formalisation de leur pratique. Le concept d'affinity Therapy initié par Ron Suskind a défrayé la chronique aux Etats-Unis et a été grandement mis en exergue par l'équipe de Rennes. L'organisation du colloque international « Affinity Therapy » a réuni à Rennes de nombreux acteurs du RI3, d'universitaires, d'autistes venus témoigner, mais également des parents dont faisaient partie Ron et Owen Suskind. Les actes de ce colloque¹¹ ont été publiés dans un ouvrage du même nom qui est un petit succès de librairie.

L'émergence de ce nom et la promotion de cette approche aux Etats-Unis est particulièrement

¹¹Affinity Therapy, nouvelles recherches sur l'autisme, sous la direction de Myriam Perrin, PUR, Rennes, 2015.

entrée en résonance avec la préoccupation de ces cliniciens du champ freudien tant dans leurs questions cliniques que politiques. Qu'est-ce que l'Affinity Therapy ? Avant d'être une approche, une méthode et une orientation de travail avec l'enfant autiste, il s'agit d'une expérience inaugurale, éminemment singulière puisqu'elle est advenue au sein d'une famille, les Suskind. Cette expérience aurait pu demeurer dans son statut de révolution privée, comme un événement sans précédent pour cette seule famille, si par la voix de Ron Suskind, journaliste, ancien responsable du service politique du Wall Street Journal et prix Pulitzer, elle n'avait trouvé à se faire entendre.

Revenons sur cet épisode. Owen Suskind qui ne parlait plus depuis l'âge de trois ans avait conservé de ses premières années son intérêt pour des séances de visionnage des films de Walt Disney qu'il regardait avec son frère Walter, qui prenait soin de lui passer délicatement le bras autour de la taille. Un écho cependant retentissait dans le silence d'Owen. « Juice », ou « Juicervoice », bruit qui ne trouvait à s'inscrire dans une quelconque interprétation, et qui en restait là, tel un écho étrange criant dans l'éternité. Un jour, Owen regarde pour la énième fois la petite sirène, toujours avec la même assiduité. Ursula, la sorcière aux tentacules, chante le commerce qu'elle propose à Arielle. Owen rembobine puis réécoute en boucle cette voix qui dans la répétition se fait entendre : « Go ahead, Make your choice, I'm a very busy woman, and I haven't all day, It wan't cost much, Just your voice. » La mère d'Owen décode et Ron Suskind s'adresse à son fils : « Just your voice ! Is that what you're saying ! » Owen le regarde et dit très clairement : « Juicervoice. »

C'est l'explosion de joie chez les Suskind. Un nouvel horizon se dessine. Ils décident d'amener Owen au parc de Walt Disney et de soutenir son rapport à cet intérêt. Face au scepticisme des spécialistes, Ron et son épouse ne se résolvent pas. D'autres surprises se font jour. Bientôt, ils arrivent à converser avec leur fils à travers les dialogues des films Disney. Un jour, alors que la fête d'anniversaire de Walter touche à sa fin, celui-ci paraît nostalgique, Owen prend la parole : « Walter doesn't want to grow up like Mowgli or Peter Pan. » L'hypothèse de Ron

Suskind est claire : «Owen se sert de cet intérêt spécifique [...] comme une machine à décoder, pour déchiffrer les énigmes du monde qui l'entoure. »¹²

Mais laissons ici l'expérience des Suskind vous renvoyant à la lecture de leur ouvrage¹³ pour vous proposer une réflexion sur cette nouvelle nomination et son incidence clinique en partant de la rencontre d'un enfant autiste en institution.

Agustin est entré au Courtil à l'âge de 8 ans alors que ses parents avaient tenu jusqu'ici à ce qu'il soit dans l'enseignement ordinaire. Mais s'il arrivait à apprendre des choses à l'école, il s'isolait de plus en plus. Enfant, il avait un langage restreint quoiqu'il pouvait faire montre d'un vocabulaire parfois très spécifique et d'un niveau considéré comme supérieur à son âge. Au Courtil, ses difficultés avec les autres enfants étaient notables. Il s'isolait et ne les supportait pas. Il s'effondrait alors, se jetait par terre, jetait des objets sur les autres et criait. Depuis toujours, agustin s'intéressait aux programmes télévisés, aux bandes dessinées et aux jeux vidéos. Il en avait une pratique privée, qui débordait de manière manifeste dans les conversations solitaires qui agitaient son corps et qui pourraient être taxées d'écholalies différées. Cette particularité aurait pu être considérée comme une bizarrerie qu'il eut lieu de réduire mais notre parti a été de s'y intéresser comme d'une production. De ce fait, Agustin a pu nous apprendre qu'il trouvait un certain usage de ces ritournelles écholaliques. Nous nous sommes rendus compte qu'il se servait de dialogues empruntés dans les bandes dessinées pour entrer en contact avec les autres enfants. Bien sûr, dans un premier temps, le fait que l'autre ne réponde pas exactement au scénario le mettait en difficulté. Agustin s'est lancé dans un travail d'affinage, par la répétition il est devenu plus juste même si son énoncé restait, en définitive, absolument référé à quelque chose de précis, une situation déjà rencontrée dans

¹²Suskind, Ron, *Life, Animated*, in *Affinity Therapy*, nouvelles recherches sur l'autisme, sous la direction de Myriam Perrin, PUR, Rennes, 2015.

¹³Suskind, Ron., *Life, Animated*, USA, Disney press, 2014.

les médias qui constituent son affinité. Agustin m'a souvent témoigné de ce dont Ron Suskind parle lorsqu'il dit qu'Owen utilise l'affinité comme un décodeur. Un jour, alors que je l'accompagne pour son travail scolaire, agustin semble préoccupé par une de ses dents qui bouge. Je lui demande si la petite souris va passer et il me répond sur un ton monotone : « Ma mère m'a dit que je suis trop vieux pour croire à ces bêtises. », « et le père Noël ? » lui dis-je. Sur le même ton : « Ma mère aussi m'a dit que je suis trop vieux pour croire à ces bêtises. » « Mais avant quand tu étais plus jeune tu y croyais ? » « oui » « Alors comment c'était pour toi quand tu y croyais ? » d'un ton beaucoup plus animé il répond : « Je me disais que le père Noël pour aller si vite à donner les cadeaux c'était Sonic. » « et la petite souris ? » « Je me disais que c'était les fées de Rayman. »

Lorsqu'il évoque l'affinity Therapy, Jean-Claude Maleval parle de deux subversions. La première est que celle-ci « *se fonde sur les passions qui s'imposent souvent avec une force telle au sujet qu'elles débordent parfois sa volonté.* » La deuxième est « *qu'elle déplace la dynamique du savoir. Il ne s'agit plus de transmettre un savoir, mais de s'appuyer sur le savoir du sujet* ». Si cette deuxième perspective est un point de l'éthique psychanalytique peu discutable, la première en revanche pose justement la question d'une orientation différente pour l'autiste de celle que nous prendrions pour un sujet psychotique. Si, comme le propose Colette Soler, les interventions de l'analyste avec un sujet psychotique peuvent relever « *du silence témoin et de l'étayage de la limite* »¹⁴, la question se pose réellement pour le clinicien du soutien de cet intérêt de l'enfant autiste pour une chose si restreinte, et surtout si gourmande. Rappelons que pour la plupart des autistes, l'affinité spécifique leur prend dans un premier temps tout leur temps et les tient à l'écart des liens sociaux. Agustin passait plusieurs heures à se répéter des dialogues de films, Daniel Tammet des nombres premiers, Schovanec des cartes d'astronomie... La question est de savoir dans quelle mesure le sujet n'est-il pas complètement envahi par cette affinité, n'est-il pas absolument parlé par elle et

¹⁴Soler, C., « Quelle place pour l'analyste ? », Actes de l'école de la cause freudienne, XII, Paris, 1987, p 31.

s'il est véritablement judicieux de l'accompagner dans cette direction ?¹⁵ Dès lors ce n'est pas sans éprouver quelques doutes que j'ai décidé de m'intéresser aux jeux vidéos d'Agustin. Que je m'y suis engagé en me mettant à jouer avec lui, mais également en dehors des séances. Ces doutes sont assez caractéristiques des questions que posent l'orientation clinique avec les autistes. Les objets autistiques ont également été considérés comme nocifs avant de commencer à supposer leur usage possible pour la constitution d'un bord¹⁶. Ces doutes sont aussi très présents dans les témoignages des parents qui ont choisi de soutenir les intérêts spécifiques de leurs enfants¹⁷.

Une autre question peut se poser quant au traitement par l'affinity Therapy. Si celui-ci ne consiste pour le sujet qu'à fréquenter l'affinité, ne relève-t-il dès lors que de l'auto-thérapie ? Et ne s'agit-il que de repérer l'affinité et de fournir au sujet l'occasion de s'y adonner ? Qu'en est-il de la rencontre et de l'acte du clinicien ?

En écoutant les propos de nombre d'autistes, ces derniers témoignent abondamment de leur intérêt et de l'importance qu'on eu les autres pour leur développement. Donna William parle

¹⁵Nous pouvons rappeler le débat sur les objets autistiques (tustin)

¹⁶Maleval, J-C., Les objets autistiques sont-ils nocifs ?, in l'autiste son double et ses objets, sous la direction de Jean-Claude Maleval, PUR, Rennes, 2009.

¹⁷Quelques uns sont compilés dans le recueil affinity therapy, déjà cité. Par exemple le témoignage de Vamérie Gay : « *Nous avons conscience que Théo passait beaucoup de temps devant l'écran, et souvent nous nous sommes demandés si cela était bon pour sa santé. Mais il n'y avait qu'à voir les progrès que cela engendrait et quel point il était serein et confiant Nous avons enfin la preuve qu'il lui était possible d'apprendre, mais à condition que cela passe par un ordinateur.* », p 34.

de la rencontre de son grand père¹⁸ qui savait trouver un nom différent pour chaque chose, nous pouvons rappeler que l'événement chez les Suskind ne s'est pas produit parce qu'Owen regardait des films Disney, mais bien au moment où Ron prononce le signifiant entendu et qu'Owen en accuse réception. Que pouvons nous en déduire vis à vis de notre orientation ?

Alors qu'après une conversation avec Agustin sur les jeux vidéos ma névrose me rattrapait pour dévier sur un thème plus vague mais socialement plus commun, celui-ci me répond sans détour: « Christophe, en fait je préfère continuer à t'expliquer mes jeux vidéos. » J'ai pris cette phrase comme une indication quant à ma place pour lui. Il n'y a pas beaucoup d'écart, il est l'enseignant, et le scénario est clair : il m'explique ce qui pour lui fait monde. Le plus intéressant est le tournant qui s'est opéré dans la pratique lorsque je me suis mis à acquérir un certain savoir sur ces jeux. Loin de l'encombrer, cette nouvelle position lui a permis de soutenir des conversations d'une complexité et d'une profondeur inédite. Il ne perdure pas dans la position d'enseignant puisqu'il lui arrive de me poser des questions précises sur la définition de mots qu'il a entendu dans ces médias. L'important est que nous puissions converser à partir d'un certain nombre de points exempt d'équivoque que lui offrent l'ancrage de son énoncé à la lettre des médias de son éléction. Beaucoup de témoignages et c'est tout à fait remarquable dans l'institution dans laquelle je travaille évoquent l'affinité particulière de certains enfants autistes avec les logiciels de reconnaissance de la parole que proposent les grandes marques de téléphonie mobile. Ne pourrions nous pas considérer ici, entre quelques autres, une place possible pour le clinicien lorsque nous constatons l'éveil d'Owen au moment où son père reconnaît et prononce son signifiant ou encore lorsqu'Agustin s'anime si je lui demande de témoigner de sa fiction pour traduire le phénomène du père Noël ? Nous proposons donc qu'une perspective pour le clinicien consiste à être pour le sujet en place de logiciel de reconnaissance de la lettre ? La particularité est que pour reconnaître la lettre,

¹⁸Williams, D., Si on me touche je n'existe plus, Paris, J'ai lu, 1992.

encore faut-il savoir la lire¹⁹.

christophe.le.poec@hotmail.fr

¹⁹Au vue de la pluralité des affinités de ces sujets cela suppose un grand engagement pour le clinicien.